

MINTZATZEN DIREN ISTORIOAK

HISTORIAS QUE HABLAN

sobre Inclusión y Diversidad Funcional



Izaro Sánchez García

HEGOAK

1. Finalista saria, I. kategoría (euskara)

Unax Hermosilla Garagalza

YO Y MI NOMBRE ES ESPASTICIDAD

1^{er} Premio finalista, categoría I (castellano)

Izaro Rubio Zalabarria

LA CUEVA MISTERIOSA

2^o Premio finalista, categoría I (castellano)

María Furundarena

EL RUMOR DEL AGUA

1^{er} Premio finalista, categoría II (castellano)

Cynthia García Ruíz

LA INVISIBLE

2^o Premio finalista, Categoría II (castellano)

Izaro Sánchez García

HEGOAK



Nik ez dut inoiz oinez ibiltzen ikasi, ez dut behar. Beste batzuek lurra zapaltzen duten bitartean, nik gurpilen soinua entzuten dut pausoena orde. Askotan pentsatu izan dut nire aulki honek hegoak dituela, nahiz eta besteek ez ikusi. Goizetan leihoa irekitzen dudanean, haizeak aurpegia ukitzen dit eta pentsatzen dut: “bai, hau da nire hegaldiaren hasiera.”

Irganean, eskolarako bidean, kalean jendeak begiratzen ninduen, batzuek errukiaz eta beste batzuek kuriositatez. Nik irribarre egiten nien, eta harrotasunez jarraitzen nuen nire bidea, beti aurrerantz.

Klasean, dena azkarregi zihoan. Lagunek korrika egiten zuten atsedendian, ni ordea, nire erritmora nihoan, presa barik. Batzuek esaten zidaten: “zaila izango da zuretzat”, baina ez zekiten jadanik zenbat alditan egin nuen hegan. Nire hegaldiak ez zuen lurrerik behar.

Behin, irakasleak proiektu bat proposatu zigun, gure amets handiena marraztea. Denek autoak, etxeak edo bidaiak marraztu zituzten. Nik, berriz, ispilu bat margotu nuen. Barruan nire aurpegia zegoen, baina hego handi batzuekin. Orduan, irakasleak galdetu zidan:

—Zergatik hegoak?

Eta nik erantzun nion:

—Guztiok behar ditugulako, batzuk barruan ditugu, beste batzuk kanpoan.

Egun hartatik aurrera, ez nuen gehiago entzun klasean “zaila izango da zuretzat”. Agian nire hegoak besteen begietan agertu ziren lehen aldiz.



Orain, urte batzuk geroago, herriko irrati txikian lan egiten dut. Mikrofonoaren aurrean eserita, nire ahotsa zabaltzen dut, bozgorailuetatik irten eta haizeak eramaten du. Beste batzuk entzuten naute, baina ez dakite gurpilen soinua dagoela atzean. Hori da nire sekretua, gurpilaz gain, nire ahotsa ere hegoak direla.

Batzuetan umeez bisita egiten dute irratiara. Galdera bera egiten didate beti:
—Ez al duzu nahi oinez ibiltzea?

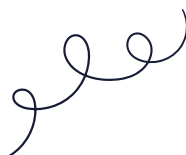
Eta nik irribarre egiten dut.

—Nik nahi dudana jada egiten dut, hegan.

Eta orduan, haien begietan zerbait pizten da, ulermenaren txinparta bat balitz bezala. Gero, mikrofona pizten dut berriro eta esaten dut:

“Entzule maiteok, gaurko mezua zera da: mugak ez dira hormak, baizik eta abiapuntuak. Denok dugu gure hegaldi propioa.”

Eta kanpoan, haizea berriro sartzen da leihotik. Nik begiak ixten ditut eta, une batez, lurra urruntzen dela sentitzen dut.



Unax Hermosilla Garagalza

YO Y MI NOMBRE ES ESPASTICIDAD



Yo nací diferente, o ese es el punto de vista de mi madre. De mi padre no puedo decir lo mismo porque no lo conozco. Él se fue en cuanto me conocí, me dicen que por asco y mi madre dice que no era un buen hombre. El punto de vista de mis crueles compañeros de clase es que soy un bicho raro. Y digo crueles porque no se dan cuenta de que yo no elegí nacer con espasticidad. Mi madre se preocupa muchísimo por mí, rozando la locura.

Ella cuando yo tenía 6 años me puso la película Karate Kid, y, con la misma pasión que tiene mi madre por mí, me enamoré del kárate. Sin embargo me di cuenta de que por mi situación jamás podría practicarlo. A pesar de tener momentos oscuros me apasionaba ver vídeos de kárate al igual que ver películas. A los doce años descubrí que podría cumplir mi sueño de hacer kárate en la categoría: parakárate.

Nada más descubrirlo me quise informar y a pesar de solo poder hacer una modalidad y sin combate me quise apuntar. Mi madre por miedo de que se rieran de mí por mi situación se negó a apuntarme hasta los 14 los cuales cumplo mañana. Yo la intenté convencer mediante todos los medios posibles: que el kárate era un arte marcial y que me respetarían...

Al final, gracias en parte a eso, llegamos a un acuerdo. A pesar de que sea mi sueño quiero confesar que estoy nervioso, ya que no creo que nadie se acostumbre a las risas, a los insultos y sobre todo a las caras que son una mezcla de asco, miedo y preguntas, todo mezclado con estereotipos. Sin embargo, me niego a perderme esto solo por los prejuicios de otros. Hoy



no creo que duerma. Por los nervios. Pero es muy probable que mañana sea el mejor día de mi vida.

Hoy, después de que mi madre me preparara para ir a clase y de llevarme, me he dado cuenta de que ya no me afectaba que me miraran raro o que me discriminaran por mi movilidad reducida. Solo me importaba una cosa: que los minutos pasaran lo más rápido posible. En cambio se me ha hecho tan largo que me ha dado tiempo de contar hasta mil segundos en un solo un minuto. A lo mejor exagero, pero el pesar del tiempo se ha notado. De camino a la escuela de kárate estaba de lo más nervioso. El viaje se me ha hecho eterno. Esta vez me he dedicado a pensar en lo lento que pasa el tiempo cuando quieres que pase rápido y al revés. En cuanto he entrado, me he sentido increíble.

El kárate es...



Izaro Rubio Zalabarria



LA CUEVA MISTERIOSA



Dos jóvenes gemelos nacidos en un pequeño pueblo al norte de Noruega, en las Islas Lofoten, se llamaban Aldara y Eloy.

Aldara tenía deficiencia auditiva. Perdió la audición hace dos años, pues desgraciadamente tuvo una enfermedad llamada otosclerosis. En cambio, Eloy nació con Batten CLN6, una enfermedad que a largo plazo genera movilidad reducida y otras diversas causas como: demencia o confusión, pérdida de visión, retraso en el desarrollo,... No eran una familia muy agraciada, pero les encantaban las aventuras.

Esta historia comenzó cuando a Aldara se le ocurrió ir al monte. Planearon toda la excursión, pero justo el día antes de la salida, Eloy se puso malo, entonces, no pudieron ir. Tuvieron que esperar a que Eloy mejorara y cuando lo hizo se fueron a aquella excursión muy alegres. Por el camino, encontraron una cueva tremendamente misteriosa. Contenía dibujos que parecían recién pintados en una de las tres paredes. Se adentraron en ella para investigar. Encontraron mil cosas, de todo tipo, como si alguien viviera ahí. A medida que andaban, iban encontrando más y más cosas, como por ejemplo: libros, sillas, mesas. Aparte de eso, también había comida. Siguieron avanzando hasta que encontraron a un sabio anciano con sus nietos quienes corrían de un lado a otro sin parar, mientras él leía un gran libro. Aldara y Eloy aparecieron delante de los niños que se pararon en seco. Entonces el sabio anciano levantó la cabeza, al verlos. Les preguntó:

-¿Quiénes sois, y qué hacéis aquí?-. A eso Eloy contestó en lengua de signos, para que Aldara lo entendiera:



-Somos Aldara y Eloy, estábamos de excursión por este monte, y encontramos esta cueva, se nos ocurrió entrar, y os encontramos a vosotros. El sabio anciano al ver la situación, fue muy empático y les ofreció comida. Mientras la hacía, los nietos jugaron con los gemelos. Después de comer, el sabio anciano les contó uno de los cincuenta y un cuentos de “El conde Lucanor”, cosa que a los nietos y a los gemelos les encantó, y sobre todo, lo que más les gustó fue la moraleja de su propia cosecha y no del Conde:

“Nunca te rindas ante la adversidad y haz lo que desees a pesar de la enfermedad”.

Tras terminar el cuento, le agradecieron emocionados al sabio anciano y a sus nietos la acogida. Cuando se iban a marchar, el sabio anciano les dijo:

-Volved cuando queráis, desde hoy, sois muy, pero que muy bienvenidos. Gracias por venir.

Entonces, Eloy contestó:

-Gracias a vosotros por acogernos durante esta maravillosa tarde.-.

Y así termina esta pequeña y provechosa aventura de Aldara y Eloy.



María Furundarena

EL RUMOR DEL AGUA



Aquella mañana, lo primero que escuchó Ane cuando se despertó fue el sonido del río. Vivía en una pequeña casa de madera, al borde del bosque, donde el aire olía a resina y a tiempo detenido. Desde la ventana veía cómo la neblina se enredaba en los sauces y el agua seguía su curso sin prisa, como si nada en el mundo pudiera detenerla.

A sus veintiséis años, Ane había aprendido que la vida no siempre se mueve con la misma facilidad que el agua. Desde el accidente, sus piernas habían dejado de responderle, y el silencio que vino después fue más duro que cualquier dolor físico. Pero con los meses fue llenando ese silencio con otras cosas: la música del río, los dibujos que hacía con sus lápices de colores y el jardín de flores que plantó junto a la rampa de la entrada.

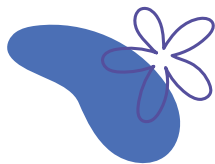
Cada día se desplazaba en su silla de ruedas hasta el porche, donde tenía su caballete. Pintaba paisajes: árboles, reflejos, nubes que parecían moverse aunque ella no lo hiciera. Era su manera de caminar de nuevo.

Una tarde de junio, un joven llamado Unai llegó al pueblo para trabajar en el puente viejo. Llevaba un cuaderno lleno de bocetos y una sonrisa que parecía no tener miedo al silencio. La conoció por casualidad, cuando buscaba el mejor sitio para dibujar el río.

—¿Te molesta si me siento aquí? —preguntó.

—Solo si no haces ruido —respondió ella, sin levantar la vista.

Pero él hizo ruido, claro: ruido de lápices, de risas, de historias que interrumpían la soledad.



Con los días, comenzaron a compartir bocetos. Unai dibujaba con líneas firmes, mientras Ane pintaba con manchas de color. Sus obras eran distintas, pero cuando las ponían juntas, algo encajaba.

Un domingo decidieron exponer sus cuadros en la plaza del pueblo. Ane dudó. No por vergüenza, sino por miedo a que la gente solo viera la silla antes que los colores. Unai la miró con calma.

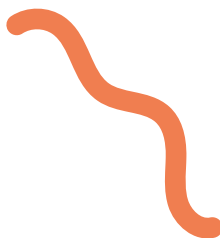
—Deja que miren —le dijo—. Al final, siempre hay algo más que ver.

El día de la exposición, el viento levantaba las telas y el aroma a pan llenaba el aire. Los vecinos se acercaban, curiosos. Algunos comentaban los cuadros, otros simplemente sonreían. Nadie habló de la silla. Nadie necesitó hacerlo.

Cuando todo terminó, Ane volvió a casa. El río seguía corriendo, y ella, desde el porche, sintió que algo dentro de sí también se movía. Por primera vez en mucho tiempo, no pensó en lo que había perdido, sino en lo que seguía fluyendo.

Encendió una lámpara, tomó un nuevo lienzo y, con una pincelada firme, pintó una corriente de agua que avanzaba hacia un horizonte dorado. Porque comprendió que no hay caminos cerrados para quien aprende a mirar el mundo desde otro lugar.

Y el río, como si la escuchara, siguió cantando toda la noche.



Cynthia García Ruíz

LA INVISIBLE



Era una fría tarde de invierno en Vitoria-Gasteiz. Los cristales, empañados, en aquel autobús de TUVISA, repleto. Las caras pálidas y de desánimo, ancladas a la estrecha silla del transporte público. Menos mal que Lucía portaba una sonrisa y eso que, detrás de ella, se escondía alguna que otra lágrima. Flacucha, bajita y un pelín encorvada, entre su pelo asomaba alguna que otra cana que jugueteaba corta y rizada. Los 35 le habían caído como un jarro de agua fría y, aun así, lograba sonreír entre tanta cara larga.

Después de pasar la tarjeta, con tono curioso y sin perder esa sonrisa tersa, probablemente por el frío, probablemente por todo lo que ocultaba tras ella, procuró encontrar un sitio donde poder descansar sus piernas. Le pareció encontrar un hueco donde posar sus pequeñas nalgas, que se habían quedado en nada durante los últimos meses. Se aproximó y se sentó.

–Hola – dijo Lucía, sonriente, a la señora que tenía al lado. Una mujer mayor, de unos 80 años, con un fuerte olor a mandarina proveniente de su abrigo de pelo, al que probablemente había embadurnado en su perfume favorito antes de salir de casa, parecía incómoda ante la presencia de Lucía.

–Brr – farfulló la señora, con aspecto refunfuñón, y se recolocó en el asiento, moviendo notablemente su cuerpo con el propósito de marcar “su territorio”.

El asiento de Lucía era para personas con diversidad funcional y, pronto, todas las miradas se posaron sobre ella. Como cuervos, las miradas de los



pasajeros se clavaron en su cogote, intimidando y desarmando, poco a poco, esa sonrisa guerrera con la que se había disfrazado aquella tarde.

Los susurros comenzaron a aparecer entre un grupo de pasajeros, pero, entre tantas flechas, una se le clavó hondo:

–El karma le llegará y sabrá lo que es estar mal.

Harta y desgarrada, Lucía, que ya había borrado su sonrisa en la anterior parada, metió la mano en su bolsillo con indignación y sacó una tarjeta en la que se veía claramente que se le reconocía un grado de discapacidad. Con cabreo, se la mostró al grupo de pasajeros chismosos y les dijo:

–Aunque me vean joven y sonriente, tengo una enfermedad que limita mi movilidad y, aunque es invisible, me causa mucho dolor. Se llama artritis reumatoide. La próxima vez que vayan a juzgar a alguien, piensen primero en lo que habrá detrás; no todo es visible.

Los cuervos se quedaron mudos y avergonzados. Aquella chica sonriente y aparentemente sana tenía una enfermedad invisible que le obligaba a buscar un sitio para sentarse, y ellos le habían juzgado mal, sin saber que, detrás de cada sonrisa, que, detrás de cada persona, hay una lucha.

Al bajar, una mujer y una niña se acercaron a ella y, sin articular palabra, la niña le abrazó fuertemente.

–Gracias. Ella también tiene artritis y hoy se ha sentido menos sola.

Inmediatamente, la sonrisa de Lucía volvió a maquillar su rostro, pero, esta vez, más fuerte; esta vez, más real.





www.eginez.org



Ayuntamiento
de Vitoria-Gasteiz
Vitoria-Gasteizko
Udala